Sal Terrae 98 (2010) 205-217

Liturgia y compromiso

Marc VILARASSAU ALSINA, SJ*

Introducción

Voy a hacer la confesión de unos ciertos escrúpulos al inicio de este artículo. Quizá se esperaba que fuese escrito pensando en los que están en la frontera, en los dudosos, en los que se acercan o en los que se están alejando. De hecho, a mí me gusta transitar teológicamente los vestíbulos, los espacios preambulares, el terreno donde todavía es incierta la acogida o la despedida, donde la una se convierte en la otra y la otra en la una cuando menos te lo esperas[1].

Pero no sé si este artículo puede ser leído desde ese lugar. Necesitaba escribir esto para «los de dentro», para los que salen para volver con hambre y entran para salir con más fuerzas. Es un artículo sobre la liturgia, y entiendo que la liturgia es para los convencidos, para los que celebran algo, para los que se encuentran a gusto y con ganas de más todavía. Y aunque me habría gustado escribir de nuevo en un banco del vestíbulo, esta vez lo he hecho desde el altar. El consuelo que me queda es poder mostrar todavía que tal vez uno y otro no estén tan lejos, cuando se toman mutuamente en serio.

Contra una concepción «antilitúrgica» de la liturgia

Así pues, este artículo no será un alegato voluntarista en favor de una liturgia adaptada a nuestros tiempos; no porque no esté de acuerdo, sino porque este postulado esconde generalmente una concepción «antilitúrgica» de la liturgia con la que sí que estoy en desacuerdo. ¿Qué caracteriza esa concepción? El convencimiento de que la liturgia ha de dejar de ser litúrgica para legitimarse; la identificación de lo litúrgico con lo lejano, lo incomprensible, lo oscuro, lo aburrido, lo «carca»; la convicción de que la misión de la liturgia es legitimar el orden presente, confiriéndole una capa de barniz sacramental; la creencia de que la liturgia ha de expresar lo que ya sabemos, más que expresar lo que esperamos. Con esta concepción no puedo estar de acuerdo, y espero mostrar por qué.

La liturgia pide un compromiso

Lo que legitima la liturgia no es que yo la entienda, sino que diga realmente algo, aunque yo todavía no lo entienda o no lo entienda del todo. Si no entiendes la música de Beethoven, no es culpa de Beethoven, sino, por decirlo así, culpa tuya. Hace falta mucho amor por la música, mucha dedicación, mucha práctica... para entender y disfrutar la música de Beethoven. Hay cosas que están por encima de mi capacidad y tiran de mí hacia ellas, y es bueno que así sea. Hay cosas que piden compromiso y que, sin compromiso, se me escapan del todo. Ya es hora de que nos vayamos desprendiendo de ese complejo típico del adolescente que se cree medida de todas las cosas y criterio de su valor objetivo.

Si no estoy comprometido con lo que la liturgia celebra, es lógico que me parezca lejana, aburrida, incomprensible. En la medida en que me voy comprometiendo con la música clásica, voy entendiendo y valorando la versión que de ella nos ofrece Beethoven, aunque algunas interpretaciones dejen mucho que desear. Del mismo modo, en la medida en que me voy comprometiendo con la fe cristiana, voy entendiendo y valorando la liturgia en la que esa fe cristiana se comparte y se celebra, aunque la interpretación que de ella se hace pueda ser, en algunos casos, lamentable.

Una liturgia comprometida con la justicia

La segunda mitad del siglo XX fue tiempo fecundo de renovación litúrgica, comandada exquisitamente por los franceses, que para estas cosas tienen una sensibilidad especial. Ellos han sabido mostrarnos que se puede aliar la tradición con la creatividad, la fidelidad a los contenidos con la libertad de los gestos. Se descubrió entonces que la liturgia debería estar más en contacto con la vida y que, a menudo, el humo del incienso, más que para honrar a Dios, servía para que éste no viera nuestras flagrantes incoherencias.

Da de comer al hambriento

Nadie como San Juan Crisóstomo ha explicado mejor esta relación íntima entre liturgia y justicia: «¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo encuentres desnudo en los pobres; ni lo honres aquí en el templo con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. [...] ¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que sobre, adornarás la mesa de Cristo».

Frente al sobrepeso doctrinal de la «lex orandi, lex credendi», con su insistencia en la ortodoxia, surgió el contrapunto de la «lex orandi, lex operandi», que ponía el acento principal en la ortopraxis. La Teología de la Liberación y el vigor de la Iglesia Latinoamericana fueron durante varias décadas los paladines de este giro de la liturgia hacia la praxis, que tanto inspiró a nuestras adormecidas liturgias europeas. En muchas de sus canciones y plegarias resonaban aquellas inspiradoras palabras de San Agustín: «¿Cantas al Señor? Vigila que la vida no vaya contra la lengua... Cantad con la voz, con el corazón, con la boca, con las costumbres... La alabanza de la canción es el mismo que canta. ¿Queréis dirigir vuestra alabanza a Dios? Sed vosotros mismos la alabanza que proclaméis».

El compromiso que engulle la liturgia

Durante los años noventa, se empezaron a percibir algunos signos de cansancio producidos por los excesos de ese giro. Uno de ellos fue la sobresaturación del compromiso. Todos nos teníamos que comprometer más, siempre un poco más. El compromiso se convirtió en un agujero negro que todo se lo tragaba y nunca era suficiente. Para esa fe voluntarista del post-concilio, siempre estabas en falso, nunca dabas lo que podías, siempre había un compromiso al que estabas fallando. La mala conciencia por la falta de compromiso y de radicalidad, suplió a la mala conciencia por el pecado y la infracción moral. Pero las caras tristes y arrugadas por el superego religioso eran muy parecidas.

Conozco a más de un cristiano muy comprometido que dejó de ir a la misa de una comunidad, porque el único mensaje que recibía del evangelio era que tenía que comprometerse más; mensaje que llovía siempre sobre mojado, es decir, sobre los que ya estaban archicomprometidos. No es que sobrara compromiso, pero faltaba la buena noticia que sostiene y anima ese compromiso. Y la buena noticia no es que nosotros nos hayamos comprometido, sino que Dios se ha comprometido con nosotros primero.

Cristianismo esenio

En esa misma época, proliferó también una liturgia adaptada al individuo y a los grupos de afines. Se celebraban misas para los grupos de matrimonios, para los monitores del centro excursionista, para los miembros del colegio de arquitectos, para los socios de la cofradía... Se pretendía una liturgia «cercana» que compensara la lejanía de una liturgia «oficial» que no acababa de conectar con la gente y sus preocupaciones. Tuvo sus virtudes, pero también sus defectos. Un defecto indirecto de esas liturgias «adaptadas» fue que contribuyeron, sin saberlo, a generar colectivos de inadaptados a cualquier otra liturgia que no fuera la suya, de tal manera que, cuando se acabó la pertenencia al grupo de afines, se acabó también la fe y su celebración eclesial. No sé si podemos hablar del defecto de un cierto cristianismo «esenio» que proponía una liturgia adaptada a los «cercanos» frente a los extraños; cuando no una liturgia de los «puros» frente a la Iglesia «oficial» y su liturgia «encorsetada». En todo caso, considero que es honesto plantearse críticamente la cuestión a la vista de sus resultados.

Una liturgia comprometida con la fe

Él viene, aunque yo no vaya
Él entra, aunque yo no salga
Él llama, aunque yo no abra
Él ama, aunque yo no entienda.

Dios se compromete

Cabe concebir aquí la liturgia como la expresión más pura del compromiso: me comprometo porque alguien se ha comprometido antes conmigo. No celebro lo que yo ofrezco, sino lo que recibo... y por eso puedo ofrecerlo. En este sentido, «cuando vayas a colocar tu ofrenda...» es decir, cuando vayas con tu justicia aparente por delante, con tu mérito... y te des cuenta de lo que en realidad tienes pendiente..., deja tu ofrenda y ve a reconciliarte, ve a reconstruir el compromiso roto con el hermano. Sólo así tu ofrenda será respuesta humilde y sincera al compromiso que Dios ha hecho contigo.

Cuando somos capaces de adoptar esta nueva perspectiva, cuando reconocemos que la liturgia es la expresión sacramental del compromiso que Dios hace con nosotros, entonces recibimos la fuerza para rehacer nuestros compromisos rotos con el hermano, para aportar la única ofrenda «agradable» a Dios, la única libación que no repugna y provoca las arcadas divinas: «Ya estoy harto de vuestros holocaustos de carneros y de la grasa de los terneros; me repugna la sangre de los toros, carneros y cabritos» (Is 1,11).

¿A qué se compromete Dios, entonces? Dios se compromete a venir. La liturgia celebra a un Dios que viene en la fe para suscitar entre nosotros la práctica de la justicia como signo precursor de su reinado: «Id y contadle a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de su enfermedad, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia la buena noticia» (Mt 11,4-5). Dios viene «ya», aunque «todavía no» del todo.

Liturgias del «ya» y del «todavía no»

Hay liturgias que ponen el acento en el «ya», en la acción de gracias y la celebración gozosa del tiempo presente. En la medida en que olvidan el polo del «todavía no», caen fácilmente en la complacencia y en el conformismo. Son las eucaristías del «ya está aquí, ya llegó, Trina Piña Colada: del Caribe la traigo yo». Se trata de celebrar lo bien que estamos y lo mucho que nos queremos... y la pereza que nos da que se rompa el encanto. Somos nosotros, la comunidad «ideal», los que traemos el Reino y lo sentamos a nuestra mesa. Es aquella deliciosa ingenuidad de la misa nicaragüense: «Cristo, Cristo Jesús, identifícate con nosotros». Cuando este acento del «ya» se sobredimensiona, nos cargamos de un plumazo la tensión escatológica que nos abre esperanzadamente al Dios que viene sin que nosotros lo hayamos traído.

Otras liturgias ponen el acento en el «todavía no», en esta espera anhelante del Reino que viene. Esperamos a Aquel que está viniendo y nos disponemos a recibirlo. Es Él quien nos invita a su mesa, quien nos hace pasar al banquete que nos ha preparado. No somos nosotros, sino él, quien confecciona la lista de invitados, en la que salen mis amigos y mis enemigos, los de mi cuerda ideológica y los de la contraria, los de la guitarra y los del órgano... Porque todos estamos igual de lejos e igual de cerca de ese Reino que viene. La liturgia debe disponernos a la espera y la acogida de aquello que podemos celebrar ya, aunque todavía no sea una realidad plena.

Aunque el exceso de humo y de espera escatológica desencarnada puede también obnubilarnos. Eso sucede cuando convertimos el altar en trinchera, y la sacristía en búnker a prueba de las bombas que nos lanza el «laicismo beligerante» del enemigo[2].

Con marcado acento escatológico

Dicho esto, la liturgia no debería ser tanto la consagración sacramental del tiempo presente, que también, cuanto la anticipación escatológica del tiempo futuro. Pienso que la situación presente de la

Iglesia en Occidente nos invita a revisar esa reducción de la liturgia a los sacramentos que se fraguó a partir del giro constantiniano, marcando esa progresiva identificación entre la Iglesia y el Imperio. La idea milenarista que va asociada a esa identificación concibe el régimen de cristiandad como la instauración del Reino de Cristo en la tierra por mil años. Los sacramentos debían consagrar el tiempo de ese Reino, sacralizando sus ritmos y ritos de paso. Por mucho que la cristiandad haya sido uno de los constructos sociales más fecundos y longevos de la historia, Occidente parece decidido a pasar página.

Aunque todavía hay quien lo vive como una tragedia, lo cierto es que, en la medida en que esa identificación milenaria entre la Iglesia y el Imperio se quiebra, podemos recuperar esa dimensión escatológica que había caracterizado la liturgia cristiana de los primeros siglos. Hay muchos signos que nos indican la fecundidad de este camino, siendo uno de los más esperanzadores la progresiva y decidida regeneración de las raíces judías de nuestra fe, de las cuales se alimenta muy abundantemente la liturgia[3]. Eso nos invita a recuperar el marcado acento escatológico que ha tenido siempre la liturgia como anticipación sacramental del reino que viene. La comunidad de los creyentes-esperantes se congrega, en solidaridad con el mundo expectante, para recibir sacramentalmente el reino de Dios.

En solidaridad con otros

Un mundo que también acoge a su manera ese reino en la medida en que el Espíritu suscita en los «paganos» o en los fieles de otras tradiciones religiosas una acción de amor desinteresado y de compromiso por la justicia. Y en solidaridad, muy especialmente, con el pueblo judío como pueblo custodio de la esperanza mesiánica, también para el cristianismo (Rm 9,4-5).

Hay que recordar que la espera escatológica que la liturgia pone en solfa se da también *extra-ecclesiam,* ya que el mundo, teológicamente hablando, no es lo que hay fuera de la Iglesia, sino lo que se opone al Reino. Por eso podemos afirmar que también hay mucho «mundo» *intra-ecclesiam.* La liturgia es, entonces, la expresión comunitaria de ese combate «contra el mundo» que se da *intra* y *extra-ecclesiam.* En esa lucha necesitamos aliados, sean estos paganos o judíos, que nos puedan señalar proféticamente el «mundo» que tenemos dentro y que nos muestren también a nosotros los signos precursores de ese Reino que viene para todos.

Una fe comprometida con la liturgia

No todo en la liturgia es claro, fácil, evidente..., como no todo en la fe es transparente. Cuando Salomón acaba la construcción del Templo del Señor y los sacerdotes se disponen a oficiar el culto divino por vez primera, resulta que «la nube llenó el templo de manera que los sacerdotes no podían oficiar». Entonces Salomón recordó que «Tú, Señor, has dicho que quieres habitar en la oscuridad» (1 Re 8,10-12). El «secreto» también tiene un papel en la liturgia: habla de lo escondido de Dios, de lo que todavía no está disponible, de lo que nos queda aún por descubrir. La liturgia no tiene que ponernos a Dios al abasto, sino que debe poner nos a nosotros al abasto de Dios.

Oscuridad luminosa

Hay un texto de San Efrén, referido a la Palabra de Dios, que nos debería animar y que tiene mucho que ver con la actitud que pide también de nosotros la liturgia:

> «Da gracias por las riquezas que posee la Palabra, aunque no las llegues a entender todas. Alégrate de esta derrota y no te entristezca que hayas sido superado. El sediento disfruta de la bebida y no se entristece por no poder agotar la Fuente. Que la fuente triunfe sobre tu sed y no la sed sobre la fuente, porque si tu sed se satisface y la fuente no se agota, cuando vuelvas a estar sediento podrás beber otra vez. Pero si, una vez satisfecha tu sed, la fuente ya no manara más, tu misma victoria te sería perjudicial. Agradece lo que has recibido y no te entristezcas por la abundancia de las cosas que han sobrado. Lo que has recibido es tu parte ahora; lo que ha sobrado, lo tienes como herencia. Lo que por tu incapacidad no puedes recibir en una hora, lo podrás recibir en otras, si perseveras» (Comentario al *Diatessaron*).

La liturgia expresa precisamente eso que no comprendo, que no puedo adaptar a mi «nivel», sino que exige de mi una adaptación, un cambio de nivel, eso que «recibiré más adelante si persevero». Por eso la liturgia pide una iniciación, una propedéutica, una mistagogía..., un compromiso, en definitiva.

Pero tendría que quedar claro que Dios no es oscuro; lo que es oscuro es la fe. Dios es luz, pero nuestro camino hacia él transita por las sombras, la oscuridad y las tinieblas. Vamos hacia la luz, pero avanzamos a tientas[4]. Buscamos a un Dios que se esconde, porque es un Dios salvador (Is 45,15). Para salvar tiene que esconderse, porque, si se deja agarrar, acabamos pareciéndonos a esos insensatos que «se ponen a orar a un ídolo (un dios visible) que no puede salvarlos» (Is 45,20).

Un cierto «arcano»

Nos planteamos, entonces, la necesidad de recuperar un cierto arcano litúrgico, una cierta prevención ante lo sagrado, para evitar su banalización en aras del folklore cultural. La liturgia dice algo concreto con lo que nos comprometemos. De lo contrario, mentimos. No podemos utilizar el lenguaje de la liturgia para decir otras cosas, ya que eso es una fútil instrumentalización de lo sagrado, aparte de ser una muestra de ignorancia y falta de respeto. No podemos pretender una liturgia comprometida con la vida si nuestra fe no se compromete simultáneamente con la liturgia.

Antiguamente, los cristianos pasaban por un largo y exigente proceso de iniciación a lo sagrado, una progresiva introducción al arcano de la fe, a los misterios y a sus expresiones litúrgicas[5]. Hay un peligro claro de deriva hacia el gnosticismo si se exagera la dimensión esotérica del proceso, un peligro de caer en el elitismo de los perfectos y los iniciados frente a los paganos e ignorantes. El cristianismo ha estado siempre atento a evitar esas derivas gnostizantes que acaban separando la fe de la gente y de la vida. Pero de ahí a la actual banalización e instrumentalización de algunos de los sacramentos de marcado tinte sociológico, hay una frontera que deberíamos volver a delimitar.

La sociedad cada vez necesita menos a la Iglesia para estructurarse: si la necesita cada vez menos para lo normativo-moral, quizá es hora entonces de que vayamos dejando de ser también imprescindibles para lo celebrativo-sacramental. Yo no lo vería como un proceso de pérdida o como una fuga a taponar urgentemente, sino como una oportunidad para recuperar creativamente aspectos olvidados o trivializados de la liturgia y de la potencia celebrativa de nuestra fe.

«Utilización» pastoral de la liturgia

Algo que choca frontalmente contra eso que proponemos es la «instrumentalización» pastoral de la liturgia. Con toda la buena voluntad, hemos acabado convirtiendo la eucaristía en la guinda religiosa de todos los encuentros, excursiones, evaluaciones, conmemoraciones y eventos diversos. La misa no debería ser un ornamento festivo, sino la celebración eclesial del domingo.

Hasta ayer, esta utilización «decorativa» de la misa podía quedar más o menos justificada por la identidad cristiana de los grupos. Pero cada vez resulta más llamativo el abismo que separa la celebración litúrgica de la fe de la gente que integra esos grupos. De manera que te puedes encontrar fácilmente celebrando cosas con las que la mayoría de la asamblea no está, ni de lejos, comprometida. ¿Quién no ha vivido alguno de esos bautizos donde la mitad de los asistentes masca chicle mientras la otra mitad comenta la jugada en directo? ¿O bien esas misas «forzadas», con un grupo de monitores que se declara mayoritariamente ateo? Hay algo ahí que no funciona.

La eucaristía la celebra la comunidad el domingo, y las puertas están siempre abiertas para los que la deseen de veras. La pastoral es toda aquella actividad encaminada a acompañar a la gente desde la conversión hasta la participación plena en la liturgia. Antes lo llamaban «catecumenado», y no está nada mal que estemos recuperando esta nomenclatura. Y, mientras tanto, se dispone de un amplio y colorido abanico de actos sacramentales, oraciones, cantos, actos de devoción... que se pueden adaptar al grupo y a la ocasión y que pueden ocupar con gran dignidad e imaginación el amplio espacio preambular de la liturgia[6].

¿Tiene sentido aún la liturgia?

¿Qué sentido tiene, entonces, la liturgia en un contexto post-cristiano y post-religioso como el nuestro? Para responder a esa pregunta, partamos de los síntomas incómodos. Uno de ellos es el hecho de que vivimos una incómoda esquizofrenia que nos desgasta y nos desconcierta. Por un lado, la gente mantiene contacto con los actos litúrgicos en tanto que ritos de paso: bautismo, primera comunión, boda y funeral; así como, en un segundo plano, la confirmación. Y, por otro lado, hay mucha gente que asiste a los sacramentos, e incluso los recibe, y que no cree nada (o cree muy poco) de lo que celebra. Se trata de ritos sin fe, puro envoltorio.

Complejo de la mujer maltratada

En su momento, la liturgia cristiana se vistió del ritualismo que le ofrecía la cultura en la que nació. Hoy va quedando sólo el vestido, sin ningún contenido dentro. Y eso incomoda cada vez más, tanto a los que creen lo que celebran como a los que celebran sin necesidad de creer. ¿Quién no ha topado con el enfado sincero de mucha gente a la que se le niega el acceso a los sacramentos «a bajo precio»? ¿Quién no ha escuchado, cuando se le exige a la gente un cierto compromiso con el sacramento que se solicita, comentarios de este estilo: «¡Con la poca gente que se acerca a la Iglesia, encima lo ponéis difícil!»?

¿Qué hacer? ¿Hasta cuándo puede la Iglesia seguir manteniendo ese andamiaje institucional, vacío por dentro? ¿Hasta cuándo seguirá pidiéndole la sociedad a la Iglesia que lo haga? Nos da vértigo pensar qué pasará cuando dejemos definitivamente de ser útiles a la sociedad también en este terreno, en el que parece que todavía conservamos una cierta preponderancia. Preferimos que nos utilicen a que nos abandonen. A veces nos parecemos a aquella mujer maltratada por el marido que prefiere seguir siéndolo antes que arriesgarse a la aventura incierta de una vida autónoma: «al menos mi marido me necesita, aunque sea para pegarme».

Una liturgia que hable de Dios hablándole a Él

¿Qué papel desempeña la liturgia en nuestra fe cuando ya no estructura los ritmos sociales? ¿No se nos está invitando a pasar de una liturgia sincrónica, que acompaña armónicamente el tiempo presente, a una liturgia diacrónica, como su contrapunto profético y escatológico? ¿A una liturgia, ya no principalmente como estructuradora del *chronos,* el tiempo social, sino, sobre todo, como suscitadora del *kairós,* el tiempo escatológico?

No propongo un alejamiento gnostizante de la liturgia, a base de oscurecerla innecesariamente y convertirla en algo exclusivo de convencidos. La liturgia debe expresar, eso sí, el núcleo de la fe. Es más, se habla de la liturgia como de la «teologia prima», es decir, de la primera elaboración conceptual de la fe cristiana. Los cristianos piensan su fe al tiempo que la celebran; aprenden a hablar de Dios hablándole a Él. ¿Qué sentido tendría una liturgia que ya no le hablase a Dios?

Una liturgia que sólo hablara de Dios sería una conferencia, que es en lo que se han convertido muchas de las liturgias contemporizadoras que buscan, con toda su buena intención, acercar la liturgia a la gente. Pero es que una liturgia que sólo hablara de lo nuestro, utilizando a Dios como excusa, sería un espectáculo de ventriloquia, que es en lo que se han convertido muchas de las bodas y bautizos que todavía se celebran en nuestras iglesias.

Una minoría creativa

Hay quien teme que la Iglesia se convierta en una minoría. Pero ¿qué otra cosa puede ser honestamente el catolicismo en nuestra sociedad global, sino una minoría? El problema no es ser una minoría, sino qué tipo de minoría y qué es lo que aporta esa minoría al resto de la sociedad. Podemos ser una minoría nostálgica, con las ínfulas insufribles de un protagonismo sobredimensionado; o bien ser una minoría creativa[7], consciente de su gran riqueza patrimonial, centrada en Cristo y su Buena Noticia. Y una de las riquezas patrimoniales más importantes que tiene la Iglesia es, precisamente, su liturgia.

Pero una minoría creativa nos está hablando también de una liturgia creativa, una liturgia capaz de expresar con toda la fuerza esta nueva situación. Una iglesia comprometida con la liturgia debe ser una iglesia comprometida con su renovación, precisamente para que los gestos y las palabras no pierdan su potencia y su eficacia. Una iglesia que quiera seguir hablándole a Dios del mundo y hablándole al mundo de Dios, debe recuperar toda la fuerza ancestral de su liturgia, al mismo tiempo que trata de renovar los gestos y las palabras que puedan hacerla aún más significativa en nuestros días[8].

Como advierte Jean Corbon, un gran especialista en liturgia: «Sin celebración, la fe volvería a ser un teísmo, la esperanza quedaría separada de su ancla, y la caridad se diluiría en filantropía. Si la Iglesia no celebrase más la Liturgia, dejaría de ser la Iglesia y no constituiría otra cosa que un cuerpo sociológico, una apariencia residual del Cuerpo de Cristo». Me gustaría apuntarme, sinceramente, a que esto no suceda.

* Trabaja en pastoral. Lleida. <mvilarassau@gmail.com>.

1. Aplaudo con entusiasmo las palabras de Benedicto XVI en su último mensaje de Navidad a los miembros de la Curia romana: «Pienso que la Iglesia debería abrir también hoy una especie de "*patio de los gentiles*" donde los hombres puedan de algún modo engancharse con Dios, sin conocerle y antes de que hayan encontrado el acceso a su misterio, a cuyo servicio se encuentra la vida interior de la Iglesia. Al diálogo con las religiones hay que añadir hoy, sobre todo, el diálogo con aquellos para quienes la religión es algo extraño, para quienes Dios es desconocido y que, sin embargo, no querrían quedarse simplemente sin Dios, sino acercarse a él al menos como Desconocido».
2. A los unos y a los otros cabría recomendarles las palabras de J. Moltmann: «el ser humano no vive únicamente de tradiciones sino también de anticipaciones» (*El Camino de Jesucristo,* Sígueme, Salamanca 1993, p. 459)
3. Véase, a este respecto, lo que dice la Comisión Bíblica Pontificia en el documento *El Pueblo Judío y sus Escrituras Sagradas en la Biblia Cristiana:* «La espera mesiánica de los judíos no es vana. Puede convertirse para nosotros, los cristianos, en un poderoso estímulo para mantener viva la dimensión escatológica de nuestra fe. Nosotros como ellos vivimos en la espera. La diferencia está en que, para nosotros, Aquel que vendrá tendrá los rasgos del Jesús que ya vino y está ya presente y activo entre nosotros».
4. La Segunda Carta de Pedro se refiere a las palabras de los Profetas como aquella «luz que brilla en un lugar oscuro». En ese sentido, la Iglesia se acerca a la luz de la palabra y de la eucaristía, caminando en medio de un lugar oscuro, «hasta que el día amanezca y la estrella de la mañana salga para alumbraros el corazón» (1 Pe 1,19).
5. La Encíclica sobre la Eucaristía, *Sacramentum Caritatis,* habla profusamente de la necesidad de una catequesis mistagógica: «...una catequesis de carácter mistagógico que lleve a los fieles a adentrarse cada vez más en los misterios celebrados» (SC, 64).
6. «Donde se den situaciones en las que no sea posible garantizar la debida claridad sobre el sentido de la Eucaristía, se ha de considerar la conveniencia de sustituir la Eucaristía por una celebración de la Palabra de Dios» (*Sacramentum Caritatis,* 50)
7. Recientemente, el Papa Benedicto XVI nos ha animado en esa dirección: «Yo diría que, normalmente, las minorías creativas determinan el futuro y, en este sentido, la Iglesia católica debe comprenderse como minoría creativa que tiene una herencia de valores que no son algo del pasado, sino una realidad muy viva y actual». Véase: «Encuentro del Papa con los periodistas durante el vuelo hacia la República Checa, sábado 26 de septiembre de 2009», en línea, http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2009/september/documents/hf_ben-xvi_spe_20090926_interview_sp.html (consultado el 1 de febrero de 2010).
8. Cabría considerar aquí una liturgia que incorpore más creativamente la participación «corporal» de los fieles, la utilización de los medios que la moderna tecnología pone a nuestro alcance, etc. Siempre que no se caiga por ello en el antiguo error de poner la liturgia al servicio de esos medios, sino al revés. Pero eso ya es harina de otro costal...